

Ciencia y Fascismo

Rafael Huertas y Carmen Ortiz
(Editores)

Madrid, 1998

DOCE  CALLES

Colección ACTAS

Este libro se ha realizado en el marco de los Proyectos de Investigación PS93-0001 y PB94-0060 de la DGIGYT.

© De cada texto su autor.

© De la coordinación editorial: Rafael Huertas y Carmen Ortiz.

© De la presente edición: EDICIONES DOCE CALLES, S. L.

Apartado 270. 28300 Aranjuez (Madrid)

Teléfonos (91) 892 42 01- 892 42 18

Fax: (91) 892 51 49

ISBN: 84-89796-83-1.

D. L.: M-32.357-1997.

Impresión: Closas-Orcoyen, S. L. (Paracuellos de Jarama, Madrid).

SUMARIO

	<u>Pág.</u>
Introducción	9
<i>Rafael Huertas y Carmen Ortiz</i>	
Delincuencia y racismo en Cuba: Israel Castellanos <i>versus</i> Fernando Ortiz	11
<i>Consuelo Naranjo Orovio y Miguel Ángel Puig-Samper</i>	
La gestión de la desigualdad: La utopía biocrática de Edouard Toulouse	25
<i>Ricardo Campos Marín</i>	
El intelectual liberal vuelto fascista: El caso de José de la Riva-Agüero y el fascismo peruano	41
<i>Juan José R. Villarías Robles</i>	
Ciencia médica y ciencia penal en el fascismo italiano: El Código Rocco	61
<i>Mercedes del Cura</i>	
Eugenésia y fascismo en la España de los años treinta	77
<i>Raquel Álvarez Peláez</i>	
Una nueva Inquisición para un nuevo Estado: Psiquiatría y orden social en la obra de Antonio Vallejo Nágera	97
<i>Rafael Huertas</i>	
Medicina social, racismo y discurso de la desigualdad en el primer franquismo	111
<i>Isabel Jiménez Lucena</i>	
Contextos y práctica de la antropología «oficial» en los fascismos ibéricos	127
<i>Luis Ángel Sánchez Gómez</i>	
La distorsión totalitaria: Las «raíces prehistóricas» de la España franquista	147
<i>Gonzalo Ruiz Zapatero</i>	

Folklore y franquismo	161
<i>Carmen Ortiz García</i>	
La idea nacional en la historiografía artística de postguerra en España	181
<i>Javier Portús</i>	
Julio Caro Baroja y el análisis del carácter nacional	193
<i>Francisco Castilla Urbano</i>	
Índice general	211

INTRODUCCIÓN

La importancia que están alcanzando en nuestra sociedad actual los llamados neo-fascismos, con todo su correlato de «limpiezas étnicas», racismo, xenofobia, intolerancia, violencia..., conlleva la puesta a punto de un discurso pseudocientífico que, retomando viejos reduccionismos, pretende servir, una vez más, de justificación intelectual de la desigualdad social o la inferioridad racial. La recurrencia a ciertas «verdades» aportadas por el conocimiento «científico» es, paradójicamente, un elemento que aparece como necesario para la legitimación de ciertas posturas, a pesar de que su base esencialista y excluyente es eminentemente antiintelectual y no se apoya en el pensamiento lógico. A pesar, también, de que es algo absolutamente demostrado que no hay «verdades científicas» que sustenten ninguna clase de racismo ni desigualdad de los hombres en función de su origen étnico; de que la ciencia no emplea, en la actualidad, el término «raza» y de que la historia, por sí sola, no tiene un papel muy importante que jugar en el surgimiento de nacionalismos o ideologías integristas.

Uno de los papeles de los científicos, y no de los menos importantes, es presentar públicamente una respuesta rigurosa y veraz que desenmascare ciertas concepciones y los usos ideológicos ilegítimos que se hagan de sus resultados. En el caso del fascismo, esta labor implicaría un abordaje epistemológico en, al menos, dos planos de concreción diferentes: por un lado, la exigencia —a la vez teórica y metodológica— de analizar lo que el fascismo aportó realmente en materia científica, tanto en los aspectos doctrinales como, sobre todo, prácticos; es decir, si en propiedad puede hablarse de una ciencia fascista. Por otro, la evaluación crítica de lo que en ciertos argumentos «científicos» actuales subyace de autoritarismo y connivencia con enfoques totalitarios de la vida política social. Porque, de hecho, lo que puede observarse es que el fascismo utiliza hábilmente y hace preeminentes ciertos principios y tipos de conocimiento que no fueron creados ex profeso, sino que eran anteriores y, de alguna forma, permanecen todavía hoy instalados en la mentalidad colectiva y en la práctica de algunos científicos.

El libro colectivo que presentamos es el resultado de un seminario celebrado los días 9 y 10 de mayo de 1996, en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, organizado por los Departamentos de Antropología y de Historia de la Ciencia, dentro de las actividades llevadas a cabo por los Proyectos de Investigación, «Antropolo-

gía, política y colonialismo en los estados franquista y salazarista» (DGIGYT PS93-0001) y «La biodiversidad ante la ciencia europea, un enfoque histórico» (DGICYT PB94-0060). En estas jornadas se pretendió profundizar en el primero de los aspectos señalados más arriba, abordando el problema no de una forma global, sino limitada, lógicamente, a las perspectivas de las disciplinas cultivadas por los especialistas invitados a participar: la historiografía, la historia de las ciencias y la antropología, y por los intereses de los proyectos de investigación en torno a los cuales se han creado los grupos de trabajo.

Con las aportaciones reunidas no se ha pretendido formar un cuerpo de doctrina acabado sobre las relaciones entre ciencia y fascismo; más bien nuestro objetivo ha sido exponer una tipología de casos representativos que, abarcando distintas comunidades científicas, países y momentos históricos —desde la Cuba pre-revolucionaria hasta la Italia de Mussolini o la Francia de entreguerras, pero con una especial atención a la España franquista— permitiera estudiar las implicaciones y condicionantes sociopolíticos que subyacen con carácter general en este tipo de sistemas y que afectan al trabajo investigador y a su reflejo social.

Una buena parte de las contribuciones hace hincapié en el papel jugado por el conocimiento científico y su presencia, a menudo de forma explícita y muy relevante, en la definición de prácticas sociopolíticas fundamentales. Sería éste el caso de algunas disciplinas como la biología, antropología física, medicina, psiquiatría y el derecho, que proveen los elementos científicos y técnicos sobre los que construir sistemas de control, aplicados por el Estado a determinados individuos o grupos. Pero también, en un ámbito más ideológico, la utilización de materias aparentemente menos pragmáticas como el folklore, la arqueología o la historia, aparece como constante en la legitimación de determinadas formas políticas de tipo autoritario.

Es un amplio debate, que ha ocupado y ocupa muy prioritariamente a los científicos sociales, el análisis de la relación entre ciencia y sociedad, tanto en sus términos más generales, como también en lo que afecta a la situación de los investigadores como agentes sociales individuales. Sin entrar aquí en ninguna definición filosófica ni sociológica sobre este importante asunto, sí es conveniente manifestar, al menos, una posición ética.

En este sentido, partiendo del principio de que los fascismos, y también los regímenes totalitarios, como sistema de control que supera los límites de la práctica meramente política, han sido en el pasado y seguirán siendo siempre el origen de terribles males y una lacra para la humanidad, los historiadores y antropólogos que hemos acometido una pequeña tarea en su estudio hemos procurado mantener la distancia suficiente que permita un análisis mínimamente riguroso y explicativo de algunas de sus bases y sus desarrollos. Sin embargo, esta distancia no es contradictoria con un compromiso social. El recuerdo de las aberraciones a que un sistema político, aliado con unos supuestos principios científicos, pudo llegar es una de nuestras tareas; la vigilancia y la denuncia de lo que la tergiversación de la historia, de la antropología, de los sentimientos étnicos de las comunidades, puede desencadenar, es una función a la que ningún investigador social debe, por principio, renunciar.

DELINCUENCIA Y RACISMO EN CUBA: ISRAEL CASTELLANOS VERSUS FERNANDO ORTIZ

Consuelo Naranjo Orovio

Dpto. de Historia de América. CSIC

Miguel Ángel Puig-Samper

Dpto. de Historia de la Ciencia. CSIC

La antropología criminal en Cuba alcanzó un amplio desarrollo en el siglo XX de la mano de dos de sus antropólogos y etnólogos más destacados, Israel Castellanos y Fernando Ortiz¹. A pesar de que ambos recibieron la influencia del positivismo italiano en sus primeros años de aprendizaje, presente en la obra temprana de los dos antropólogos, sin embargo, su desarrollo intelectual marcó las diferencias entre ambos y pronto dirigió sus intereses en diferentes sentidos. Mientras Israel Castellanos continuó profundizando por la vía de la criminología, penitenciaría y policología, Fernando Ortiz discurrió y evolucionó hacia los estudios etnológicos y antropológicos, apartándose pronto del análisis morfológico para indagar en los factores sociales y ambientales, que pasaron a ser considerados como los verdaderos condicionantes de la vida y actuación del sujeto.

Pero antes de pasar a profundizar en el pensamiento de estas dos figuras, quisiéramos hacer algunas precisiones sobre las particularidades que tiene el estudio de la

¹ Trabajo realizado dentro de los Proyectos de Investigación PB94-0060 y PB96-0868 (DGICYT).

Agradecemos al Dr. Andrés Galera el habernos facilitado parte del material de Israel Castellanos que utilizamos en este estudio.

A pesar de la tardía introducción de las teorías de Cesare Lombroso en América, Cuba constituye un caso singular por la temprana recepción del positivismo italiano. Tan sólo tres años después de ser publicada en Milán *L'uomo delinquente*, en 1879 fue presentado en el Ateneo de La Habana un trabajo de Montalvo titulado «Estudio antropológico sobre los asesinos», véase Miguel Ángel PUIG-SAMPER y Rafael HUERTAS, «Los orígenes de la antropología criminal en Cuba», *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, año VIII, núm. 24, Madrid, 1988, pp. 95-100.

delincuencia en un país como Cuba; un país multiétnico, receptor de un fuerte aluvión migratorio y de reciente independencia, en el que el tratamiento de la delincuencia como medio de control social está íntimamente ligado al racismo, al inmigrante y a los intentos de la elite política por lograr una cohesión y uniformidad nacional. Junto a estos elementos hay que tener presentes otros factores que intervinieron en la configuración del pensamiento político y racial de Cuba como fueron los debates vivos sobre la aclimatación de las «razas», sobre el papel de la herencia en la conformación del corpus social, sobre el mestizaje y la pureza racial y sobre la identidad e integridad nacional. Asimismo, hay que tener en cuenta el modelo nacional (cultural y social fundamentalmente) soñado y el peso que en dicho modelo tuvo el elemento hispano, tanto desde un punto de vista cultural como étnico.

INMIGRACIÓN Y DELINCUENCIA

Otro elemento importante que formó parte esencial del debate político y médico en los siglos XIX y XX fue la inmigración: cómo lograr el tipo de población más adecuada y deseable y la manera de alejar de sus tierras a las masas de marginados que, expulsados de sus países, llegaban a Cuba —encontrándose entre éstos tanto los antillanos y asiáticos, como los procedentes de países europeos más desarrollados que expulsaban a su población marginal—.

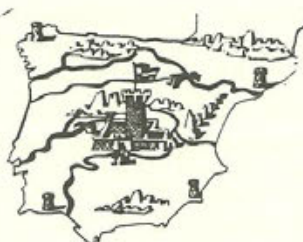
A través de la inmigración blanca, una inmigración selectiva, se garantizaría la reproducción de la población blanca cubana, ya que se partía de la idea de que el mestizaje provocaba individuos híbridos, incapaces de reproducirse más allá de la tercera o cuarta generación, por lo cual la población de color terminaría extinguiéndose². La entrada de pobladores de «razas» consideradas inferiores fue atacada desde distintos puntos de vista; mientras los médicos higienistas apuntaban el carácter antisano de éstas, acusándolas de ser portadoras de enfermedades ya erradicadas en Cuba, otros enfatizaban su inferioridad física y psíquica, a la vez que otro grupo hacía mayor hincapié en la conducta delictiva de tales poblaciones, bien por ser inferiores y más cercanas al salvaje, o bien por las condiciones de marginalidad en las que vivían.

El miedo a determinados sujetos de color por sus prácticas religiosas, como los brujos y ñáñigos, fue continuamente avivado por la prensa, que a menudo publicaba noticias sobre raptos y muertes de niños blancos en manos de los brujos, fundamentalmente haitianos, que los utilizaban en sus ritos ancestrales. La brujería, los brujos, no sólo eran prácticas y elementos antisociales por anormales, sino también por sus

² En la Primera Conferencia Panamericana de Eugenesia y Homicultura, celebrada en La Habana en 1927, algunos de sus participantes como Rafael Martínez Ortiz, Secretario de la misma, abogaron por la «pureza racial» de los inmigrantes, considerando que la llegada a Cuba de «razas» inferiores sólo perjudicaría a la población, a la que transmitirían sus taras y defectos. Véase *Actas de la Primera Conferencia Panamericana de Eugenesia y Homicultura de las Repúblicas Americanas*, La Habana, Gobierno de La Habana, 1928, pp. 34-36. Un trabajo en el que se analiza la política migratoria cubana y su relación con las teorías científicas, sobre todo procedentes del campo de la medicina, en el siglo XX es el libro de Consuelo NARANJO y Armando GARCÍA, *Medicina y racismo en Cuba. La ciencia ante la inmigración canaria, siglo XX*, La Laguna, Tenerife, Casa de la Cultura Popular Canaria, 1996.



España como escudo.



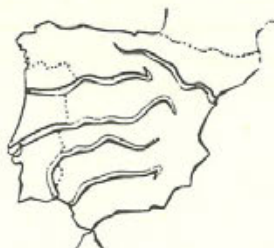
España como amillo.



España como llave.



Hispania (Sevilla). Hispania, tierra sobre agua.



España, tierra de serpientes.



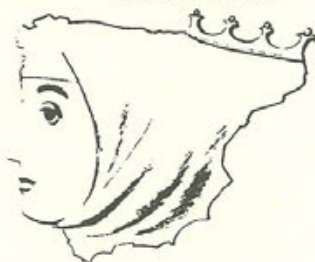
España, tierra de conejos.



España como el Cristo de Velázquez.



España como mano abierta.



España como la Reina Isabel.



España como instituta romana.



España como lucero y rosa.



España como piel de toro.

Fig. 1. Representaciones gráficas y simbólicas de España. Tomado de E. Giménez Caballero, *España Nuestra* (1943)

Pero, fundamentalmente, esa unidad de patria y caudillo trasciende y se convierte en un destino imperial. España es el reducto de los valores «eternos» de la civilización occidental, que deberán irradiar desde ella, y a través de su ejemplo, al resto del mundo imponiéndose al comunismo, por un lado, y la democracia liberal, por otro.

Así, puede explicarse la recurrencia, de prácticamente todas las canciones, al sol y al lucero de la mañana, como una metáfora que convierte al país y su dirigente en el guardián y salvador del planeta, del orden universal.

La falta de correspondencia con la realidad general de los acontecimientos y, en particular, con la situación española —todo lo contrario a luminosa, en cualquier aspecto en que se mire (incluido el de la escasez del suministro eléctrico)—, aleja estas creaciones poéticas de la lírica tradicional, por muchos arquetipos formales y funcionales que puedan haber sido tomados de ella. Por el contrario, la coincidencia muy estrecha en el uso, y abuso, de similares elementos de inspiración popular en la creación de un mito nacional, encabezado por un jefe-caudillo, que puede observarse en el caso de la dictadura de Franco y de otras de signo ideológico contrario, como las de Stalin en la URSS²⁹ y de Enver Hoxha en Albania³⁰, nos muestra un mismo mecanismo de creación y funcionamiento del folklore, en un medio y con unos recursos distintos a los que comúnmente estudian los folkloristas, pero igualmente real y posible.

EL CAUDILLO CATÓLICO

Aparte de las metáforas estelares, y dentro de la orquestación general de un verdadero culto a la personalidad, la figura de Franco se intentó revestir de un halo sagrado acorde con el dogma imperante del nacional-catolicismo y con una imagen de agente providencial.

La imposición de una religiosidad de masas: misas en las plazas, procesiones, rosarios, vía crucis —a veces tan espectaculares como el traslado de una cruz gigante portada a espaldas de una enorme multitud hasta la cumbre del Tibidabo en 1939—, servían para la expresión de un espíritu de arrepentimiento y daban lugar a la muestra pública de la culpabilidad, sobre todo al ser organizadas, durante los años cuarenta, en las zonas que habían sido republicanas³¹. Pero también servían para procurar apariciones sacralizadas del Caudillo en elaboradas tribunas-altares o bajo palio, acompañadas del grito ritual, y a veces su inscripción gráfica en los escenarios ceremoniales, de tres veces la palabra Franco, equivalente de la máxima referencia litúrgica, el «Sanctus, Sanctus, Sanctus»³². Muchas más imágenes de este simbolismo deificador podrían aducirse, como el siguiente texto, en que la jerarquía sobrenatural del Jefe del Estado queda manifiesta en su nivel más alto:

«Yo he visto, días pasados, en un pueblo castellano próximo a la raya de los "rojos", cómo en una apoteosis de cruces y banderas, de niños escolares y de todo un vecindario endomingado, avanzaba el alcalde por la nave central de la Iglesia, llevando la imagen de Jesús [...], y escoltado por otros dos concejales, portador uno de una pintura de la Virgen y el otro de un retrato del "Generalísimo", que, seguidamente, fue instalado en el Altar Mayor, del lado de la epístola»³³.

²⁹ F. J. MILLER, *Folklore for Stalin. Russian Folklore and Pseudofolklore of the Stalin Era*, New York, M. E. Sharpe, 1990.

³⁰ Jean-Francois GOSSIAUX, «Le sens et le verbe. Sur deux modes opposés d'instrumentalisation politique du folklore», *L'Homme*, 135, 1995, pp. 127-134; pp. 130-134.

³¹ A. CIRICI, *op. cit.* [24], pp. 105-108.

³² *Ibid.*, p. 104.

³³ Artículo de ABC de Sevilla, 13-II-1937, tomado de L. DÍAZ VIANA, *op. cit.* [18], p. 158.

En la mitología que el franquismo intenta crear se mezclan elementos del tradicionalismo reaccionario español con otros más puramente fascistas. Uno de los símbolos predilectos, en este sentido, será el Corpus, cuyo poder representativo queda expresado en un texto tremendo de Giménez Caballero:

«El Pan. ¡Fiesta prodigiosa del Corpus español! El Corpus no es fiesta primaveral de resucitar el Cristo —como la abriñena del sábado de gloria. No es fiesta ingenua e invernal del Sol Niño, de Nochebuena. Es fiesta central de sol y de cielo, de fruto estival y de resurrección de vida. De cópula. De comunión. De amor. De unidad. De matrimonio. De ese sacramento —el más sublime para mí— de unir dos almas y dos cuerpos para que brote el Hijo. El Alma y Dios. España y Dios»³⁴.

Si el espiritismo y el catolicismo eran elementos fundamentales en la configuración ideológica de lo que había sido el pasado y debía ser el futuro de España, no es de extrañar que el régimen se empeñara no solo en imponer un tipo dirigido y obligatorio de piedad, sino también que, en paralelo, intentara introducir la religiosidad como uno de los componentes básicos de la mentalidad popular del español. En el pueblo, o sea en el folklore, debían conservarse vivos esos sentimientos religiosos, esencialmente característicos, que aún podían encontrarse en las manifestaciones festivas (sobre todo las celebraciones de la Semana Santa), las oraciones y cantos, y, en realidad, en toda la cultura tradicional que estaba impregnada de un ancestral sentido religioso, perdido en aquellas clases urbanas e industriales, cuyo sentimiento piadoso había sido subvertido por el materialismo y las corrientes modernizadoras «extranjeras».

El folklore religioso es, pues, una de las temáticas privilegiadas en las recopilaciones profesionales de la tradición oral y proliferan las descripciones de aquellas fiestas (romerías en función de diversas advocaciones marianas, celebraciones de santos patronales, procesiones expiatorias de Semana Santa, el Corpus, celebraciones sacramentales, etc.), donde la liturgia católica era la pauta general. Obviamente, se censuraron algunos aspectos fundamentales, como el anticlericalismo, extendido y evidente en la lírica y la narrativa tradicionales; festividades de tipo comunitario o laico, y ritos de fondo pagano, que no convenían a la imagen que se debía transmitir³⁵.

EL PUEBLO, LA NACIÓN

Mucho más importante que el folklore o el pseudofolklore de los himnos y la sacralización del caudillo es analizar el concepto de nación y de su identidad, que conforma el núcleo más profundo de la ideología del franquismo, como también, en distintos términos pero muy paralelos, del nacional-socialismo.

Uno de los principios definitorios del régimen es el centralismo. La unidad de España es, tal vez, el objetivo político de mayor entidad en el discurso retórico a lo largo de toda la dictadura. La centralización de las funciones, desde las puramente polí-

³⁴ Ernesto GIMÉNEZ CABALLERO, *Arte y Estado*, Madrid, 1935, p. 109.

³⁵ Ver datos concretos sobre la investigación de este aspecto en el folklore asturiano, en J. URÍA, *op. cit.* [10], pp. 142-143.

ticas hasta las actividades más cotidianas, se establece a través de un sistema orgánico de relación sucesiva de distintos niveles de jerarquía que, desde la base más local, acaba siempre en la figura del jefe del Estado.

Dentro del conglomerado ideológico que conforma el fascismo, el recurso a una teoría orgánica de la sociedad, radicalmente conservadora y arcaica, crea la superestructura en la que es posible absorber las contradicciones (centro-periferia, lucha socioeconómica de clases, contraposición mundo campesino-industrial, etc.), mediante el recurso a la idea esencialista de la nación como entidad primigenia y eterna. Un edificio social natural en el que la base es el pueblo, el espíritu o la «raza»; cualidades inmutables siempre ejemplificadas y visibles en el campesino, «el fundamento de la nación completa», según la definición dada por A. Hitler en *Mein Kampf*³⁶.

De manera más directa, en la propia España se había podido observar cómo la subversión de este principio orgánico de la unidad de la nación, por los separatismos, había conducido directamente al caos, representado por la guerra. Así pues, no solo era necesario impedir cualquier intento de rebrote del regionalismo (por supuesto en niveles muy elementales, ya que las posibilidades de organización política del mismo quedaban absolutamente suprimidas), sino que, en su denigración, se encontraba uno de los elementos más prácticos de cohesión del nuevo sistema estatal: a saber, el nacionalismo más extremo.

La definición de España se convierte, por este camino, en «metafísica». En palabras de José Antonio: «España es varia y es plural, pero sus pueblos varios, con sus lenguas, con sus usos, con sus características, están unidos irrevocablemente en una unidad de destino en lo universal»³⁷. El camino encontrado es convertir el regionalismo en un elemento estético y emocional, con lo cual la diversidad regional pasa a ser un aspecto no problemático en la composición del cuadro general de la nación, y además puede prestar indudables servicios al irracionalismo del discurso fascista. La diferencia regional se folkloriza. Se resume en la expresión de pluralidad de dialectos, usos y costumbres, músicas, fiestas y trajes regionales, en los que se manifiesta verdaderamente «el pueblo español» (o su genio o alma), sin más divisiones, o con tantas versiones locales que no es fácil encontrar la manifestación cultural concreta, adscrita a una comunidad histórica o culturalmente definida³⁸.

Con todas las matizaciones que puedan caber, la insistencia en la variedad de formas de cultura tradicional que conviven en España y el respeto a la expresión lingüística autóctona en las manifestaciones folklóricas es la práctica habitual, tanto en las publicaciones específicas, como en las exhibiciones públicas³⁹. Sin embargo, y sin contradicción, lo cierto es que para la ideología franquista España es Castilla, el castellano, lo castellano y los castellanos. Uno de los autores más explícitos en este sentido es, de nuevo, Giménez Caballero:

«Si ha habido una España de raíz oriental y mediterránea en el Sur, con grandes culturas famosas (Hispanis, Gadex, Tarragona, Cartagena, Córdoba), también

³⁶ H. BAUSINGER, *op. cit.* [2], p. 70.

³⁷ Discurso «Sobre la revolución española», pronunciado en el Cine Madrid el 19 de mayo de 1935, en *Obras Completas*, Madrid, Ediciones Fe, 1951, 3ª ed., tomo I, pp. 95-114; p. 105.

³⁸ J. URÍA, *op. cit.* [10], p. 115.

³⁹ Así puede comprobarse en cualquier cancionero de los publicados por la Sección Femenina, o por algunos de los folkloristas cercanos a ella. Por ejemplo, el de Rafael BENEDITO, *Canciones folklóricas españolas*, Madrid, Unión Musical Española, 1962.

ha habido una España no menos preclara de raíz continental y europea: la España montañera. Que de la unificación de ambas Españas surja el genio universal de lo hispánico, eso es otra cosa: eso es algo que sólo nosotros los 'centrales celtibéricos' —el alma de Madrid— podemos estimar y exaltar»⁴⁰.

La capacidad de liderazgo, la supremacía de Castilla para encabezar como símbolo a la nación, la reviste Giménez Caballero de unos atributos terribles:

«España —es decir, Castilla—, país mal dotado —por ejemplo— para trepar por escalas de melodías sonoras o sonoros paraísos; Castilla, país épico, heroico y anti-lírico, tuvo siempre la gran facultad de asimilar a dentelladas lo mismo las tierras vecinas, que los favores de las mujeres, y que la beatitud de Dios.

País de Imperio, Castilla, sintió la sublimidad carnifágica del león. Don Juan se comía a las mujeres, como el león a sus presas, tras desearlas, *tras morirse por sus pedazos* [...] España ha sido y es más un país de mordisco que un país de beso»⁴¹.

Sin llegar a la bestialidad, casi antropofágica, del texto anterior, no había excesivas dudas sobre la primacía castellana en el dominio del resto de las regiones (a las que había sojuzgado históricamente) y sobre la identificación de la «hispanidad» (paralelo del término nazi «germanidad») con unos supuestos valores esenciales de Castilla. Por ejemplo, en la elección por Pilar Primo de Rivera del Castillo de la Mota como sede central y símbolo de la organización femenina de la Falange, no solo pesaba la carga histórica, la figura femenina de la reina Isabel, sino también la ruralidad (contrapunto de una organización de origen eminentemente urbano y burgués), el peso específico que los contingentes de procedencia castellana estaban cobrando en el falangismo y, sobre todo, que en esa tierra y en ese paisaje era donde mejor podía apreciarse la realidad metafísica de España⁴².

EL MITO CAMPESINO

En cualquier caso, con independencia de su procedencia regional, el identificador general es el mundo campesino. Si España es Castilla, Castilla es la representación más ideal del campo; el castellano es sinónimo de campesino y campesino lo es de español. Esta sería la cadena de asociaciones que lleva a la valoración ideológica extraordinaria (y no solo por parte de la investigación etnológica) del campesinado.

El espíritu nacional, la «hispanidad», la estirpe racial hispana, tenían su origen en el mundo agrario, y en su cultura —en sus útiles, su artesanía, sus danzas y cantos— se encontraba la especificidad de la esencia nacional, sin contaminación externa alguna. No podía haber duda sobre que la auténtica cultura popular era la campesina.

El mito del campesinado se sustentaba en el concepto esencialista de la nación, pero también en otros principios ideológicos, como la idealización de la vida prein-

⁴⁰ Ernesto GIMÉNEZ CABALLERO, *Afirmaciones sobre Asturias*, Oviedo, Diputación, 1945, p. 22.

⁴¹ E. GIMÉNEZ CABALLERO, *Arte y Estado*, op. cit. [34], pp. 109-110.

⁴² Luis SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Crónica de la Sección Femenina y su tiempo*, Madrid, Asociación Nueva Andadura, 1993, 2ª ed., p. 93.

dustrial. La imagen interesante para el fascismo era la del campesino tradicional, obediente y fiel a sus amos (el «hombre natural» o «elemental»), bajo ningún supuesto revolucionario o conflictivo; representante de unos valores opuestos a aquellos que sustentaban otras clases (los obreros, los burgueses, los funcionarios), autores de una cultura urbana e industrial, donde habían nacido las ideas democráticas y liberales⁴³. El modo de vida campesino representaba un valor no solo porque dentro de él se transmitían las «virtudes tradicionales de la raza», sino también porque las pequeñas unidades domésticas de producción agraria constituían una base de estabilidad política y económica para el país; es decir, porque convenía a la supuesta superación de los conflictos socio-económicos de clase que pretendía el fascismo:

«En la explotación familiar queda eliminado el perturbador factor social de lucha entre el obrero y patrono, fundiendo en uno solo estos dos elementos, el capital y el trabajo, de la producción»⁴⁴.

La aparición pública de una imagen bucólica campesina, como símbolo de la unidad que se pretendía construir desde la variedad casticista, es frecuente en las celebraciones de las efemérides instauradas o revalorizadas por el franquismo. Tal vez la primera de las posteriormente habituales concentraciones fue el homenaje al Caudillo y al Ejército de la Victoria que Pilar Primo de Rivera, al frente de la Sección Femenina de Falange, organizó en el Castillo de la Mota, en Medina del Campo, el 30 de mayo de 1939. El programa de actos constaba de tres partes: los discursos falangistas, una exhibición folklórica y gimnástica, y la ofrenda al Generalísimo de los frutos de la tierra, de manos de veinticinco campesinas jóvenes, pertenecientes a la Hermandad de la Ciudad y el Campo, procedentes de las distintas provincias y ataviadas con sus respectivos trajes regionales⁴⁵.

En muchos otros aspectos —más prácticos que los desfiles y concentraciones de adhesión— de la estética franquista, extensibles también a la Alemania nazi, se ha señalado la existencia de una dicotomía, según la cual, mientras que las expresiones artísticas (sobre todo arquitectónicas) ligadas al Estado y al poder debían tener un carácter fastuoso, monumental y heroico, la vida cotidiana de las masas debía estar rodeada, por el contrario, de un ambiente inspirado en lo bucólico y tranquilo⁴⁶. Esto es evidente, por ejemplo, en la normativa urbanística elaborada en los primeros años de la dictadura (Plan de Mejoramiento de la Vivienda, Ley de Casas Baratas), que refleja la idea del sentido conformista que debían tener los súbditos y «la nostalgia agrícola de quienes obscurecen el contraste creado por la vida industrial entre capitalistas y obreros. Ambas exigencias favorecieron la tendencia hacia lo tradicional, neopopular, de morfología artesana»⁴⁷.

Junto a la mitificación del modo de vida campesino, la oposición a las actuaciones urbanísticas previas del racionalismo, crea un tipo de planeamiento —que pudo lle-

⁴³ A. CIRICI, *op. cit.* [24], p. 74.

⁴⁴ Artículo de Gabino FIGAR ÁLVAREZ, «Problemas y posibilidades de la agricultura asturiana», *Suplemento de Ciencias. Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 2, 1960, citado por J. Urdía, *op. cit.* [10], p. 84.

⁴⁵ L. SUÁREZ FERNÁNDEZ, *op. cit.* [42], pp. 99-100. Al exotismo contribuían, además, las boinas y camisas de las jóvenes falangistas, las tocas de las enfermeras y los atuendos de la guardia mora de Franco, al efecto situada en las almenas del castillo para proporcionar mayor ambiente.

⁴⁶ A. CIRICI, *op. cit.* [24], p. 39.

⁴⁷ A. CIRICI, *Ibid.*, p. 120.